

CONDICIONES.

El *Republicano* saldrá todos los días exceptuando los que sigan inmediatamente á los festivos. El precio de suscripción es el de un peso en la capital, adelantado, y un peso cincuenta centavos en los Estados, franco de porte.

A los repartidores se les dará á tres pesos el ciento.

Los números sueltos valen medio real.

El Republicano.



PERIODICO DE POLITICA, LITERATURA, COMERCIO, INDUSTRIA, VARIEDADES Y AVISOS

CONDICIONES.

Se reciben suscripciones en México en la imprenta en donde el periódico se publica, calle del 5 de Mayo, núm. 3, y fuera de la capital en las casas de los señores correspondientes que con esta fecha han sido nombrados.

Avisos, á precios módicos.

SECRETARIO DE REDACCION: JOSE NEGRETE.

Calle del Cinco de Mayo, num. 3.

ADMINISTRADOR: J. V. VILLADA.

SANTORAL.

Viernes 21.—San Severiano ob. y mr.

CORRESPONDENCIA DEL "REPUBLICANO."

ESTADO DE OAXACA.

Oaxaca de Juárez, Febrero 5 de 1879.

Señores redactores del *Republicano*. México.

Muy señores míos:

Estamos de duelo!

Cuando debiéramos celebrar el aniversario de la Constitución, asistimos á sus funerales.

¡La Constitución ha muerto!

Este día, que otras veces nos ha encontrado de pie, magisteriosos, dignos, celebrando nuestras libertades, nos encuentra hoy ¡qué baldón! arrodillados á los pies de miserables tiranos, escupidos en el rostro, azotados por ellos!

Con la vergüenza, con la abyección en el alma, olvidemos, olvidemos el día de hoy nuestras pasadas glorias.

Aquel sol alumbró heroísmos. El de este día parece una mancha de sangre en los espacios. Parece que solo alumbraba para poner de relieve ante nuestros ojos, debilidades y miserias.

Resignémonos á la humillación.

¿Qué importa el honor oaxaqueño? Antes, en esta situación, hubiéramos dicho: aún tenemos en las venas torrentes de sangre que derramar en defensa de la libertad.

Pero el pasado es el pasado.

Hoy solo podemos decir: ¿Por qué la guerra! Es tan desastrosa! ¿Se sufre tanto en un campo de batalla! Pero, ¿y los tiranos? ¿qué importa? Aún tenemos vidas y propiedades que nos quiten. Aún tenemos esposas á quienes violen.

No hay que darse prisa.

Esperemos que el cielo ponga un remedio.

Esperemos que violen á nuestras madres.

Esperemos que la esperanza es una virtud.

Hay que esperar y esperar humildemente.

Entretanto, ¡lloramos!

¡Lloremos como mujeres!

¡Lloremos como cobardes!

¡Cuánto horror! ¡qué infinidad miserial!

¡Podrá darse para nosotros, para los oaxaqueños, noche más lóbrega que la del 27 del pasado Enero?

¡Ah! si nuestras glorias brillaban, las sombras de esa noche las apagarán. Y si presenciáramos con los brazos cruzados ese eclipse solar, si no nos movemos, quedarán apagadas para siempre.

¡Ah! si hemos sufrido afrentas; la afrenta de esa noche es más horrible, más degradante que todos nuestros infortunios políticos.

Erán las siete. El gobierno celebraba el aniversario de la entrada de las fuerzas serranas á esta ciudad.

Presidían el paseo popular marmotas iluminadas. Doscientos soldados disfrazados de paisanos y capitaneados por los jefes de los cuerpos, formaban la comitiva. Esta iba amenizada con la música militar.

Entre repiquos á vuelo y cohetes, salió del palacio del gobierno á recorrer las calles.

Poco después se entregaba al robo, al incendio y á la violencia.

El grito de los jefes era coreado por los soldados.

¡Viva la Sierral muera Oaxaca! ¡viva Mejía! ¡muera Bonítez! ¡muera la oposición! ¡viva Mejiño! Esa era la marselesina de los valientes, marselesina que on-

tonaban frente á las casas de los particulares.

Al llegar á la casa del Sr. Rincón, pusieron guardia en la puerta con orden de no dejar entrar ni salir á nadie que no fuera de la comitiva.

Los paisanos se introdujeron á la habitación de Rincón, y al grito de ¡muera! rompieron los muebles, incendiaron la ropa, robaron todo, destruyeron enteramente la imprenta y amenazaron á las hijas de aquel con la violencia.

La misma escena se repitió en la casa del Sr. Velasco, con la diferencia de que en esta hirieron á varios individuos. A dos artesanos que vivían en ella les robaron todo también, siendo enteramente extraños á las cuestiones políticas.

Hubo, además, la circunstancia, de que mataron á los pajaritos que dormían en sus jaulas.

¡Césares valientes! Jamás han pisado un campo de batalla. No importa. ¿Qué mejor combate, qué batalla más sangrienta que la que tuvieron con las aves en esa noche?

Y ¡todo esto acompañado de piezas de música insultantes que ordenaban tocar á los filarmónicos!

El robo, el incendio y los insultos duraron toda la noche.

Tenían que durar. Debieron durar eternamente.

Se trataba de perseguir y acabar con los enemigos del gobierno. Era necesario acabar con el pueblo.

Debí ser largo el pillaje por lo irrealizable de aquel pensamiento de Nerón; reunir á la humanidad en un solo cuerpo para degollarlo.

Entretanto, los agraviados pedían auxilio en los cuarteles.

¡Inútil afán!

A su demanda se respondía friamente: no hay orden. Y las autoridades? El jefe político y el gobernador (sin intención por supuesto) en un concierto se solazaban, en donde nadie podía penetrar.

Y ¿la policía? El mismo ayuntamiento patrocinaba la cruzada.

El Sr. Pimentel, alcalde, acudió y lo amenazó la fuerza con matarlo.

Las órdenes que dignamente dictó en el momento quedaron sin efecto.

Al día siguiente se comunicó por el gobierno al general Díaz que la plebe se había amotinado y que el gobierno no había podido contener el desorden.

Los jueces recibieron consigna de no obrar, y hoy vemos á los jefes pavoneándose con aire altanero y gozando de impunidad.

El Sr. Iturrigarria, juez de lo criminal, oyendo antes los gritos de su conciencia, que las sugerencias del poder, renunció el juzgado.

Los directores de otras imprentas han sido amenazados por la autoridad política con que correrán la misma suerte en el caso de imprimir periódicos de oposición.

Tal es, señores redactores, la narración de los hechos que han tenido lugar últimamente, hechos que se han efectuado á la faz de toda una sociedad, hechos que son públicos, que están en la conciencia de cada uno.

Parece á primera vista una exageración; pero podemos asegurar que ese relato es pálido, que se han efectuado muchos más todavía.

Jamás se había creído que á tal punto llegaría la tiranía.

Nosotros estamos ya acostumbrados á saber que el gobierno roba oficialmente en la tesorería; pero jamás habíamos pensado que se introdujera, por medio de sus soldados, á robar en las casas particulares.

So resiste la mente á concebir tanta infamia. Y sin embargo, nada más cierto. Hemos presenciado, hemos palpado la

violación de nuestros hogares, de nuestras mujeres y de nuestros bienes.

Hemos sido heridos en el corazón, en lo más íntimo, en lo más sagrado de nuestros derechos.

¿Y bien! ¿sufriremos impasibles todo esto?

El honor, el patriotismo, la dignidad humana ¿nos han abandonado para siempre?

¡Oaxaca! patria de libres! ¿has muerto?

¿A dónde está tu heroísmo de otros días?

¿Con que la sangre derramada por tus padres ha sido tan solo para envilecerte?

¡No! no es posible tanto martirio!

La degradación entre nosotros es un absurdo.

El pueblo oaxaqueño sabe que para desbordar el rayo no tiene más que alzar el brazo.

Y tiene que alzarlo. Está fuera de duda.

Es necesario enseñar á los incrédulos el poder de las tempestades.

El pueblo oaxaqueño es un Oceano preñado de tormentas. ¡Ay de los marinos confiados!

Sabemos bien que el general Díaz no dará paso alguno.

Verdad es que en otra época destruyó nuestra ciudad, asoló nuestros campos.

Verdad es que sobre mil y mil cadáveres de oaxaqueños ha llegado á la presidencia; pero, conseguido el objeto ¿qué importa lo demás?

Siendo el presidente ¿qué importan nuestras vidas y nuestros bienes, nuestro honor y nuestras leyes?

Mil veces se lo hemos insinuado. Mil veces ha permanecido sordo.

Es necesario desengañarse una vez por todas: la ambición del mando acalla todos los sentimientos por generosos que sean.

¡Juárez! por qué moriste?...

Tenemos, pues, que contar con nuestros elementos, únicamente con nuestros elementos.

Tenemos que unirnos los oaxaqueños, todos los oaxaqueños, exceptuando al general Díaz.

La cruzada que debe empezar es de un carácter tal que será grandiosa.

No nos llamaremos ni beneditinos, ni conservadores, ni constitucionales: nos llamaremos oaxaqueños, nos llamaremos honrados.

Porque la guerra que debe estallar es la de la civilización contra la barbarie: la de los hombres de bien contra los bandidos en el poder.

No será el revolucionario quien se levante defendiendo la no reelección.

Será la virgen que defiende su pudor.

Será el joven que muere por defender el hogar en que ha recibido los besos maternales.

Será el ciudadano defendiendo sus derechos villanamente ultrajados.

Seremos todos, defendiendo: nuestros bienes y nuestras vidas.

¡Oh! si así lo hiciéramos, si al ver pisoteados nuestros derechos imploráramos perdón, si al ver á nuestras familias extendiendo sus manos hácia nosotros, llamándonos en su auxilio nos ocultáramos amedrentados; si así gemimos como cobardes, si así lloramos como mujeres ¿seamos para siempre malditos por nuestros padres, seamos para siempre malditos por nuestros hijos!!

Luis.

ESTADO DE VERAORUZ.

II. Veraorus, 15 de Febrero de 1879.

Sres. redactores del *Republicano*.

México.

¿Qué pensarán vdes. que pasa en la heroica, en la primera oficina de la federación, á lo menos por su importante tráfi-

co, más siendo de tan suma importancia para el gobierno, por los fondos que de ella saca para su sostenimiento. La aduana marítima se llama. Lo que hay es que el *Gran hombre*, el *Reformista* de esa oficina, ha dado orden á su jefe de contaduría (el contador) para que no signiora más confrontado, si las procedencias habían sido *satisfechos los derechos* ó si quedaban *afanzados sin liquidar*, que estipulan las guías para la internación de los efectos al interior del país. Si el día había de llegar, por lo menos así lo teníamos pronosticado, desde el tiempo, que ese *Dinamita* (así es el sobrenombre que se le tiene puesto por haber principiado su reinado con mucho furor) había de comprender todas sus disparatadas innovaciones.

Será un desahogo para el comercio, de que se siga la rutina que ya existía, de despachar las guías como se hacia ántes.

Ya que se quiere mezclar en modificar la marcha de esa administración, por qué no lo hace con ventajas para el público y no que todo se vuelva poner trabas y empeorar el moroso despacho que ya existe en grado superlativo? Más vale, si no lo entiende vd. señor administrador, que deje su lugar á otro más inteligente, y así no se pondrá vd. á la irrisión del respetable comercio de esta plaza.

Y de paso, una curiosa idea, especialidad de su genio, ha llamado toda nuestra atención y más estupefactos nos hemos quedado al ver que de su talento ha salido, aunque no es de admirarse, pues las muestras las ha dejado vd. en Frontera de Tabasco con esa maravillosa obra de la aduana, de la que poco tiempo después sellovian las azoteas. Pero no le hace; un error lo comete cualquiera; como eso de haber mandado poner á los bultos que entran á los almacenes de la aduana péngados con goma, las dichas etiquetas con el nombre de los buques sus fechas y números de orden.

Precioso descubrimiento! ¿cómo es que á ninguno de sus antecesores se les había ocurrido otro tanto? Confesamos que su cabeza ha de haber quedado desencansada después de haber abortado la resolución. Pero vengamos á nuestro propósito, y es que deseamos saber que fin traen esas papeletitas: díganos vd. algo señor, en cosas de *hombre entendido* queremos saber algo también. A fé de verdad, nos llama la atención, porque ántes de su entrada en esa oficina anoche había ocurrido ese disparate, pues se ha tomado siempre razon en los libros de almacenes, de las marcas y números sin necesidad de las dichas etiquetas; nunca se han extraviado bultos y ni han dejado de aparecer instantáneamente cuando se ha necesitado sacar uno, de los tantos miles que han constantemente existido en dichos almacenes. Creemos, aunque somos profanos en la materia, en eso de legislar, que esa musiquita está por demás pues ni los autores del arancel ha ocurrido nomenclaturar un artículo á ese propósito. ¿Será que vd. piensa proteger alguna imprenta, ó fábrica de papel y á algun verde cola?

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

La nación está pobre y no estamos para gastar.

bir al firmar una sentencia de muerte César, para justificar un repudio que reconocía por origen una combinación política y quizá una pasión vergonzosa, hacia recaer sobre su esposa las sospechas del vulgo injusto.

Porfirio Díaz no es un Nerón, ni mucho menos un César. Si fuera aquel, lo-graría cuando menos aterrorizar á sus enemigos; si fuera este, y por cierto que está muy distante, lograría con su genio, con su magnanimidad, con sus gloriosos hechos y heroicas virtudes cívicas hacer olvidar que es un usurpador.

Peró si el ignorante que usurpó el poder público en México no puede llegar á la altura á que llegaron otros hombres verdaderamente superiores, si no posee las virtudes de aquellos, sí puede ostentar sus vicios, dejar ver sus mezquinas aspiraciones y hacer que se descubra el punto objetivo de sus miras.

El aspirante vulgar que para desgracia de México ocupa hoy el puesto que ocuparon Farías y Arista, Juárez y Lerdo, quiere todavía engañar al país, burlar las instituciones, destruirlas por completo, y eso cuando sus aduladores repiten que ama el usurpador los principios que entraña la Carta fundamental de la República.

No se contentó el héroe de Teamole con ofrecer grandes reformas políticas y sociales cuando se revolcaba en el fango de los tumultos, para declarar después que esas promesas son *absurdos legales é imposibles morales*; no se contentó con humillar á sus mejores amigos, con desconocer á los que le ayudaron á usurpar el poder. Cuanto quiso reguñar su rarsa de gobierno, cuando ha pretendido que se crea que con el cambio de personal de la administración nada han perdido los principios, no puede disimular que es un usurpador ignorante y torpe, que es un enemigo declarado de la Constitución, que es un tirano.

Por eso hemos visto que, bajo el imperio de Tuxtepec, la soldadesca se ha apoderado de los destinos de la nación, que los revolucionarios de oficio, con alguna excepcion quizá, se entronizaron en los Estados;

Por eso hemos visto que se ha hecho la más sangrienta burla del sufragio público;

Por eso vemos que se pisotean las leyes, se hace bafa de la Constitución, se asesina sin piedad á los adversarios políticos y se humilla á México ante un vecino á quien se teme y adula.

He aquí la obra del hombre á quien tanto ensalzaban los rebeldes, á quien llamaban *Cincinato* los aduladores, y á quien á última hora, en la hora del triunfo, saludaron los tráfugas como salvador de la República. Llegó al poder el conspirador de diez años, el ambicioso vulgar, y ahí desconoció y humilló á sus amigos y partidarios, persiguió encarnizadamente á sus adversarios, determinó la bancarrota del erario, sembró la funesta semilla de la discordia, arrastró por el todo la honra y el decoro de la República ante el gobierno de Mr. Hayes y encendió la tea de la guerra civil.

Ecce homo!

Sin talento, sin fé en los principios, sin programa político alguno, el hipócrita de las *buenas intenciones* asesta desde el puesto usurpado, tiros de muerte contra las instituciones y la paz de la República. Esforzándose aún porque se crea en la rectitud de sus miras, cuando su ignorancia supina lo prohibo tenerlas, en su patriotismo cuando adula al coloso del Norte, y en su desinterés cuando no desmiente las aseveraciones de algun periódico, relativas á que no es despreciable la fortuna del *Cincinato* de Oaxaca, ha creído que puede todavía engañar á la República, sin ver que ésta conoce lo que

SECCION EDITORIAL.

HIPOCRESIA.

Siempre y en todas épocas ha caracterizado á los tiranos y á los usurpadores el feroz vicio de la hipocresía. Interesados estos y aquellos en encubrir sus atontados y sus crímenes, necesitan ocultar sus tendencias, sus aspiraciones, y dar el tinte de la justicia á sus desentendidos actos. Nerón desataba no haber sabido escri-